

# CARLOS MARIO GARCÉS

## **El caracol**

Se arrastra el caracol  
por la arena tibia  
  
y al arrastrarse va dejando  
un camino  
  
que la espuma y la sal  
van cubriendo  
  
de olvido.

## En busca del tiempo

Llamas por teléfono a tu sobrino  
de nueve años  
y le preguntas qué hizo hoy  
y el te responde que jugar.

Cierras los ojos  
y regresas a la calle destapada  
que siempre te acompaña como un plano  
y escuchas las voces de los niños  
que corren por la calle  
y uno de ellos se da vuelta  
y te dice: «Jugamos al paraíso».

Cuelgas el auricular  
y regresas al destierro  
a vagar por entre los muertos  
«contemplando las flores».

## En Santa María de Itagüí

El agua nos llegaba hasta las rodillas.  
Sumergíamos una malla  
y sacábamos los pececitos de colores  
que saltaban angustiados  
y que luego metíamos en un tarro.

Al anochecer regresábamos  
por el camino de los tejares a casa  
donde mi madre me esperaba amenazante.

Una mañana le robé su dinero  
y lo puse en tu mano.

Esta tarde te vi  
con un niño de brazos  
y no te acordaste ni de los peces ni de mí.

Estabas bronceada y triste.

Los peces y mi padrastro habían muerto.

## Palermo de Itagüí

Hoy he vuelto a Palermo de Itagüí  
frente a la casa de Ricardo.  
Lo vi en el segundo piso.  
Está calvo y flaco.  
La última vez que lo vi fue hace más de treinta años,  
cuando apostábamos carreras con las salamandras  
y nos bañábamos en la otra orilla del río.  
Me han contado que está sólo y no se ha casado.  
A su padre se lo llevó la muerte, y a su hermana Oneida  
nadie volvió a verla después de lo del vicio,  
pero sus piernas brillosas  
continúan intactas en mi memoria.  
El muro donde nos sentábamos a contar  
historias permanece allí solitario.  
En la casa del “ojo e vaca” vive otra gente,  
y en el segundo piso ya no se asoman las Durango,  
en especial Amanda.  
Augusto se mató al caer de una bicicleta y golpearse la cabeza;  
en vida, nadie fue capaz de ganarle volteando la mano al pulso  
en las escaleras de su casa, en donde además jugábamos  
todas las noches “Hágase Rico” (un juego con dados y fichas).  
El teatro Caribe fue cerrado para siempre.  
Pero sé que muchos de nosotros volvemos a él  
los domingos en la mañana.  
Los santandereanos se fueron con el circo.

En la casa de la esquina donde escuchábamos  
radionovelas en las noches  
(El Gavilán Colorado y El Código del Terror),  
y donde murió mi abuela,  
hoy funciona una fábrica de calzado.  
El tejat donde jugábamos a las escondidas  
detrás de los grandes aparadores de tejas y ladrillos,  
se convirtió en un parque de diversiones,  
y nadie puede dar razón del gato gris que vivía allí  
y arqueaba su lomo por entre los adobes y tejas de barro.

De mí, quién diría que terminaría urdiendo  
palabras y mirando al cielo,  
y comprendiendo que con el tiempo todo es una elegía,  
pero que a pesar de su dolor volvería a vivirla  
con igual pasión y sentimiento.  
Hoy, al ver a Ricardo, las calles y las casas y los árboles  
me llenaron de una amorosa y terrible emoción.